La traducción e interpretación de las lenguas autóctonas de México

ESTEBAN CADENA CHÁVEZ
Organización Mexicana de Traductores, Zapopan

Entre los países cuyos habitantes hablan una o varias lenguas autóctonas distintas de la lengua nacional, México se coloca en segundo lugar, después de la India, con más de 62 lenguas reconocidas. Este hecho, que ha fascinado a historiadores y lingüistas, se inserta en la vida cotidiana de ese país y se refleja en el español de los mexicanos. Dado la amplitud del tema, esta presentación pretende dar un panorama muy general de la traducción e interpretación de las lenguas autóctonas de México, a través de un esbozo y ejemplos ilustrativos. Como metodología, nos referiremos a documentos históricos y estadística, así como a vivencias personales y anécdotas. Se divide en dos partes: una histórica, y otra, correspondiente a la realidad actual.

La época prehispánica

En primer lugar, habremos de precisar, que antes de la llegada de los europeos a América, México no existía como país. La región que corresponde al México actual se ubica en un territorio mucho más amplio, denominado Mesoamérica por los especialistas. Comprende los estados norteamericanos de Texas, Nuevo México, Colorado, Arizona Nevada y California y Centroamérica hasta la zona fronteriza entre Costa Rica y Panamá. En esa región, a inicios del siglo XVI, se hablaba alrededor de 150 lenguas. Para los propósitos de esta presentación, nos referiremos a las dos más importantes en esa época, las más documentadas: el maya y el náhuatl.

En realidad, no se puede hablar de un idioma maya, sino de lenguas mayances, es decir, lenguas de estrecho parentesco lingüístico, pero que presentan diferencias considerables, al grado de no entenderse entre sí. Por esa razón no tuvieron amplia difusión fuera del territorio en donde se hablaban. Se conocen 21 pueblos mayances que habitaban los estados actuales de Yucatán, Campeche, Quintana Roo, Tabasco, Chiapas y los países de Belice, Guatemala y Honduras. La literatura presenta

características propias, frecuentemente no homogéneas. Se plasmó en escritura jeroglífica y su interpretación ha sido parcial.



Fig. 1. Fragmento del *Códice de Madrid* (trocortesiano), s. X u XI, de contenido religioso, calendárico y mitológico

Los códices de la extensa literatura maya fueron objeto de quemas por parte de los conquistadores, quienes, bajo pretexto de contenido satánico, se dieron a la tarea de eliminar toda huella de la religión maya. De este acontecimiento sobrevivieron solamente tres: el *Códice de Madrid*, el *Códice de Dresde* (*c.* 1000) y el *Chilam Balam* descubierto en Maní en 1846 y publicado en 1949.

El *Popol Vuh* es una de las obras más importantes de la literatura maya. En esta epopeya, se relata entre otras cosas la creación del hombre: después de varios intentos, como el hombre de palo y el hombre de trapo, los dioses finalmente logran su creación con el hombre de maíz (HESÍODO, en la *Teogonía*, nos habla de cinco edades en la creación del hombre.) El conocimiento de la escritura jeroglífica se perdió entre los siglos XVII y XVIII

y la versión que tenemos fue transcrita al alfabeto latino después de la Conquista. Esto dio por resultado una serie de interpolaciones, un fenómeno frecuente en la literatura épica, como podemos observar en obras como *La Ilíada* de HOMERO y *Beowulf*, la epopeya nacional inglesa. La literatura maya es poco estudiada y la mayor parte aún queda por traducir. La mayoría de las primeras traducciones fueron al inglés y al francés.

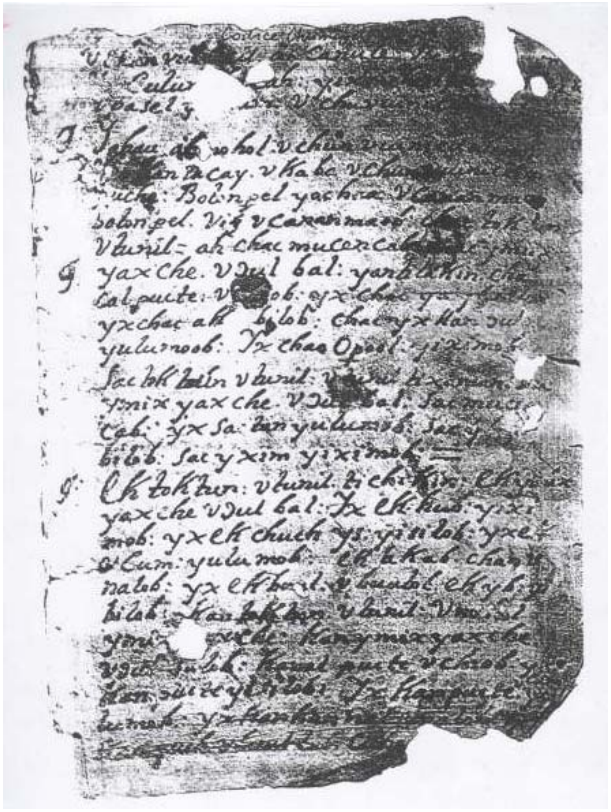

Fig. 2. Fragmento del *Chilam Balam* de Chumayel, manuscrito de principios del s. XVIII

El *Chilam Balam* de Chumayel es una transcripción en maya quiché del texto original, que databa probablemente de *c.* 1555. Fue descubierto por Fray Francisco XIMÉNEZ, párroco de Chichicastenango. Presenta interpolaciones clarísimas. En la segunda mitad del s. XIX, el abate BRASSEUR DE BEAUBOURG lo tradujo al francés y lo presentó en Europa. La versión al inglés, realizada por el ingeniero Edward AYER, se encuentra en la Biblioteca Newberry de la ciudad de Chicago. Para la versión en

español tuvimos que esperar hasta el año 1947, cuando se publicó la versión de Adrián RECINOS.

El náhuatl pertenece a la familia lingüística utoazteca y es una lengua aglutinante, como el turco, el húngaro y el japonés. Debido a una morfología, gramática —sobre todo referencias temporales— y sintaxis uniformes, el náhuatl no presentó variantes dialectales antes de la Conquista. Los nahuatlacas (del náhuatl *nahua*: náhuatl y *tlatoa*: verbo hablar) procuraban hablar correctamente. Pensaban que para hablar a los dioses era totalmente inadmisible incurrir en faltas de lenguaje. Su expresión tenía que ser perfecta y con ese afán, mantuvieron un estricto control a través de informantes que frecuentaban mercados y lugares públicos para vigilar el buen uso del idioma. También tenían conciencia del poder de la palabra y buscaban impresionar a caudillos visitantes con su habla.

Este perfeccionamiento lingüístico, aunado a la penetración militar, comercial, cultural y social de los aztecas en Mesoamérica, hizo del náhuatl la *lingua franca* de toda la región, comparable al quechua en Sudamérica. La hegemonía de los aztecas fue tan determinante que la influencia del náhuatl llegó hasta la actual Nicaragua y dejó como testimonio toponímicos que suplantaron los nombres originales. La segunda ciudad de Guatemala se llama Xelajú (maya quiché), pero aparece en el mapa como Quetzaltenango. Nadie en esta región habla el náhuatl. Sin embargo, predomina el toponímico náhuatl, al igual que en otras ciudades y lugares como Atitlán, Malacatán y Coatepeque en Guatemala, Chalatenango, Chinameca e Izalco en El Salvador, Ocotepeque, Choluteca y Azacualpa en Honduras, y Acayopa, Ometepec y Comalapa en Nicaragua.

También cabe señalar que el náhuatl predominó en el panorama lingüístico durante la primera etapa de la conquista española. Así, los nombres de los productos agrícolas originarios de México han llegado a prácticamente todos los idiomas del mundo con una etimología náhuatl. Entre los más representativos podemos señalar 'tomate', 'chocolate' y 'aguacate', y son reconocibles en idiomas tan diferentes como el ruso, el holandés y el hindustani. De esta categoría de voces destaca una excepción notable, *siqar*, del maya, que significa «tabaco» y dio origen a la palabra cigarro, que también es reconocible en casi cualquier idioma. En el español mexicano encontramos muchas palabras de origen náhuatl, como 'papalote' (cometa), de *papalotl* (mariposa), 'tlapalería', de *tlapi* (pintura o color), 'petaca', de *petlacalli* (maleta).

Es también muy interesante notar que algunas expresiones en náhuatl aún son de uso común en el español de México hoy en día, solo que la

mayoría de los mexicanos ignoran su origen porque están traducidas al castellano. Por ejemplo, el verbo 'enchilar', que, aparte de significar «condimentar o untar con ají», quiere decir «enojarse muchísimo», es la traducción del verbo *chiltlatoa* (de *chilli*: rojo y *tlatoa*: hablar), literalmente «hablar rojo», pero cuyo sentido real es «manifestar enojo o cólera». (Los aztecas también empleaban el verbo *xiutlatoa*: «hablar azul», en el sentido de hablar en un lenguaje florido, elocuente y elegante, propio para contextos religiosos, literarios y filosóficos).

En un principio los nahuatlacas utilizaron la escritura pictográfica para plasmar su pensamiento en códices escritos en amates, una especie de papiro elaborado a base de corteza de árbol. Con el tiempo esta forma fue evolucionando hacia una escritura ideográfica, Finalmente los avances en la grafía alcanzaron formas jeroglíficas. A su vez, tenían una forma de escritura estándar y otra calendárica. En todo este desarrollo de la grafía llegaron a crear tres vocales: la «a» (*atl*: agua), la «e» (*etl*: frijol o judía) y la «o» (*ohtli*: camino). Se piensa que si la civilización azteca no hubiera sido interrumpida por la conquista de los españoles, habría creado también la «i» y la «u».

Entre los funestos acontecimientos que marcaron el fin de una maravillosa civilización para dar paso a otra, cabe señalar la destrucción de los códices. Los frailes, entre su fanatismo y su ignorancia, incineraron la biblioteca real de Texcoco. Del gran acervo cultural de los nahuatlacas sobrevivieron solamente 14 códices. Como ejemplo de los códices precortesianos, se puede señalar el Códice Xólotl (s. XIII), que representa la aculturación de los chichimecas por los tlailotlaques y chimpanecas, pueblos mucho más civilizados.



Fig. 3. Fragmento del Códice Xólotl

La Conquista

La Conquista de México se inserta entre 1519, la llegada de Cortés, y 1521, la caída de Tenochtitlan. Sin embargo, hubo un acontecimiento histórico que marcaría el desarrollo de la Conquista. Expediciones anteriores habían tocado las costas de Yucatán en varias ocasiones. El primero, al mando de Pedro de Valdivia, salió de Darién (Panamá) con rumbo a Santo Domingo en 1511. Tras zozobrar en el mar de las Antillas, llegó solamente una barca sin velas a la costa oriental de Yucatán. De la tripulación, que fue atacada por los indígenas, solo dos se salvaron: Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero. El segundo asimiló las costumbres de los mayas, vivió entre ellos el resto de su vida y tuvo la primera descendencia mestiza en la historia de México. El primero, Jerónimo de Aguilar, llegó a ser muy estimado por el cacique local, pero siempre anheló volver a vivir entre españoles. Al llegar Hernán Cortés en 1519, se convirtió en su intérprete, ya que dominaba el maya.

En esa primera incursión española en tierras mexicanas, el cacique local, como era la costumbre, obsequió a Cortés veinte doncellas. Una de ellas, Malinali, también conocida como la Malinche o doña Marina, era originaria de Painala, región de Coatzacoalco, y su lengua materna era el náhuatl. Su padre era viudo y, al casarse en segundas nupcias, la había vendido como esclava. Finalmente fue a dar a manos del cacique que la entregó a Cortés. Jerónimo de Aguilar se dio cuenta de que hablaba con algunos naturales en otro idioma, el náhuatl, y así, auxiliaron a Cortés, interpretando por medio de *relay*. Cortés hablaba con Jerónimo de Aguilar en castellano, este con la Malinche en maya, y ella con los naturales de otros grupos lingüísticos en náhuatl. Este equipo de intérpretes fue una pieza clave en la famosa entrevista que sostuvieron Moctezuma y Cortés en Tenochtitlan el 20 de mayo de 1520. La Malinche fue la fiel e inseparable manceba de Cortés. Pronto aprendió el español y fue enseñando a Cortés los modos y costumbres de los diferentes grupos con los que tenía contacto. Lo introdujo al mundo sutil y a la psicología indígena de los sometidos. Adquirió alcurnia ante el grupo español, quien la llamaba doña Marina.



Fig. 4. Fragmento del *Códice Florentino* (1564) con la imagen de la Malinche y Cortés, ataviado a la usanza indígena

En la Controversia de Valladolid se estableció que los indígenas no eran animales, sino seres humanos y se intensificó la evangelización impuesta a los naturales. Algunos de los misioneros aprovecharon su convivencia con ellos para conformar su historia antigua, mediante testimonios orales y la interpretación de jeroglíficos. Fray Bernardino DE SAHAGÚN, desde su llegada en 1529, se preocupó por el conocimiento de la lengua de los naturales y empezó a recopilar las leyendas y costumbres recordadas, que transcribió en náhuatl. Fray Toribio DE BENAVENTE, mejor conocido como MOTOLINÍA, escribió el primer vocabulario de la lengua náhuatl en 1555, y en 1547 Fray Andrés DE OLMOS escribió *El arte para aprender la lengua mejicana*.

Una de las fuentes de información sobre el mundo prehispánico más importantes la constituyen los códices postcortesianos. Son manuscritos con pictogramas de carácter ideográfico rudimentariamente fonético, con

representaciones de número y signos calendáricos, jeroglíficos toponímicos y onomásticos, con colores convencionales de significación determinante, aunque sin el rigorismo de los códices precortesianos. Además, llevan la transcripción en el alfabeto latino de la interpretación de las grafías en náhuatl, así como su traducción al español. El *Códice Mendocino* (1541) conserva la técnica indígena de manera casi pura. Está estructurado en tres partes: la relación cronológica de la ciudad de Tenochtitlan desde su fundación hasta los tiempos de Moctezuma II, la matrícula de los tributos y la relación de las costumbres de los antiguos nahuatlacas.

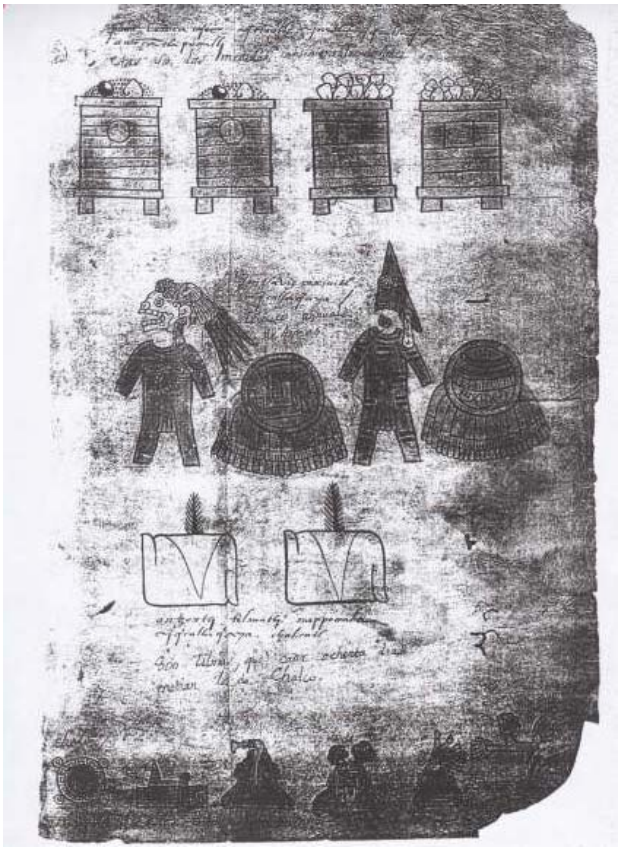

Fig. 5. Fragmento de la matrícula de los tributos, *Códice Mendocino*

Como hemos visto, la interpretación antecede a la traducción en la Nueva España. Aparte de ser muy importante en la vida cotidiana de la nueva colonia, desempeñó un papel fundamental en el campo jurídico, sobre todo, en lo relacionado con la Santa Inquisición.



Fig. 6. Sello de la Santa Inquisición, s. XVI

Un ejemplo elocuente es el proceso de don Carlos Ometochtzin, Cacique de Texcoco, impuesto por Fray Juan de Zumárraga en el año de 1539. Don Carlos, nieto del poeta Netzahualcoyótl e hijo de Netzahualpilli, se apellidaba Yoyotzin en náhuatl y Mendoza en castellano. Los señores de Texcoco lo llamaban con el título de Chichimecatecutli (nombre dado a todos los señores de Texcoco). Se crió bajo la protección de Hernán Cortés y es bautizado, educado y adoctrinado por los frailes franciscanos hasta que recibe su señorío. Su educación formal la realiza en el Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco, donde aparte de teología y otros estudios, perfeccionó su español y aprendió latín y griego. A pesar de esto y siendo oficialmente «cristiano convertido», se le acusó de blasfemia, de concubinato y de practicar ritos prehispánicos como sacrificios y la adoración a ídolos en el patio de su casa. Es «delatado» debido a sus comentarios supuestamente «irreverentes» en relación a los ayunos y la Pascua, y porque no se le había visto suficiente fervor en el rostro en la procesión de Pascua. Decían que había dejado entrever cuestionamientos acerca del «verdadero Dios», así como cierta exaltación a sus antepasados indígenas. En el proceso, tanto los testigos, el indio Gabriel, Bernabé Tlachichili y Pedro Zapotlácatl entre los más importantes, como los intérpretes, prestaron juramento:

> se hizo parescer a Cristóbal, indio natural é vecino del dicho pueblo de Chiconautla, del cual fue tomado e rescebido juramento, según forma de derecho […] le fueron hechas ciertas preguntas por lengua del padre Juan González, clérigo intérprete, e visitador de Su Señoría, del cual asimismo fue tomado juramento en forma, e so cargo de él prometió de interpretar e declarar bien e fielmente en todo lo que pudiese e se le entendiese (RICHARD GREENLEAF: *Zumárraga y la Inquisición mexicana*, 1988, FCE, México).

El 28 de noviembre de 1539, don Carlos Ometochtzin fue declarado hereje e idólatra, todos sus bienes fueron confiscados y fue condenado a la hoguera.

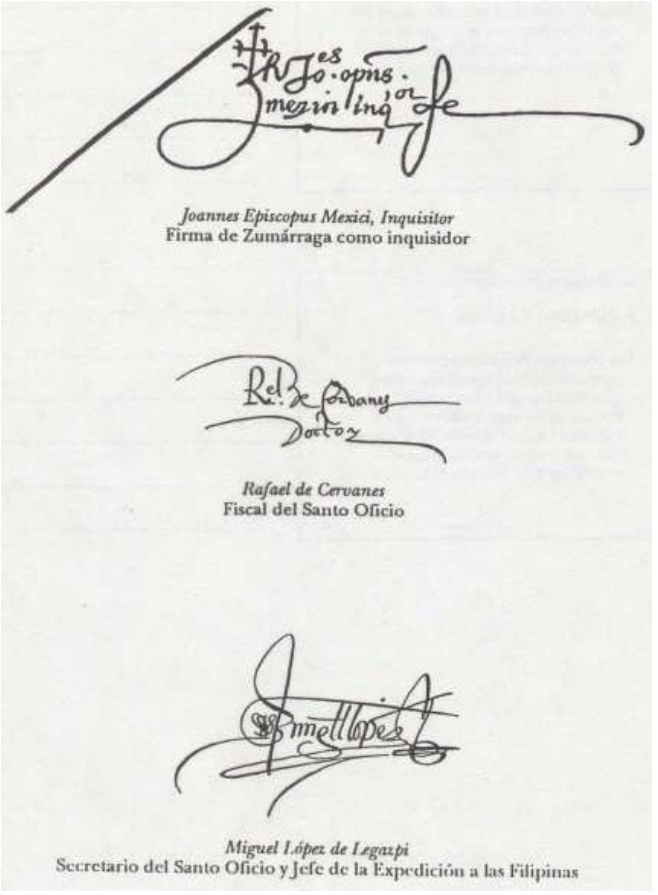

Fig. 7. Firma de los inquisidores

Las lenguas autóctonas en la actualidad

De aproximadamente 150 lenguas que se hablaban en el territorio mexicano antes de la Conquista, quedan hoy en día poco menos de la mitad. Oficialmente se reconocen 62 lenguas autóctonas (con 340 variantes) pertenecientes a 11 familias lingüísticas.



Fig. 8. La diversidad cultural, los pueblos indígenas y sus 62 idiomas

La ubicación geográfica de las lenguas es muy variada. Hay grupos compactos localizados en una sola región, como los hablantes del purépecha en el estado de Michoacán, o del maya en la península de Yucatán. Pero, por otro lado, hay grupos un tanto dispersos, ubicados en estados tan distantes como Veracruz, Hidalgo y Puebla, en la vertiente del Golfo de México y Morelos, Guerrero, Michoacán y Jalisco en la vertiente del Pacífico, que es el caso de los hablantes del náhuatl.

En una ocasión estaba yo en la playa de Cuyutlán (estado de Colima), adonde llegan con frecuencia indígenas nahuatlacas del estado de Guerrero para vender joyería de artesanía a los paseantes. No compré nada, pero le dije «Tlasó kamati» («Gracias», en el dialecto del estado de

Puebla). Dio unos cuantos pasos y de repente se volteó y regresó para preguntarme: «¿Qué me dijiste?» «Le dije "Gracias", en náhuatl». Me contestó: «Yo también hablo náhuatl, pero yo no digo así». «¿Cómo dices tú?» «Tlalsha'hue». Ya se iba y le dije: «Yeti'áhüe» (Adiós). «Yo no digo así, pero sí te entendí».

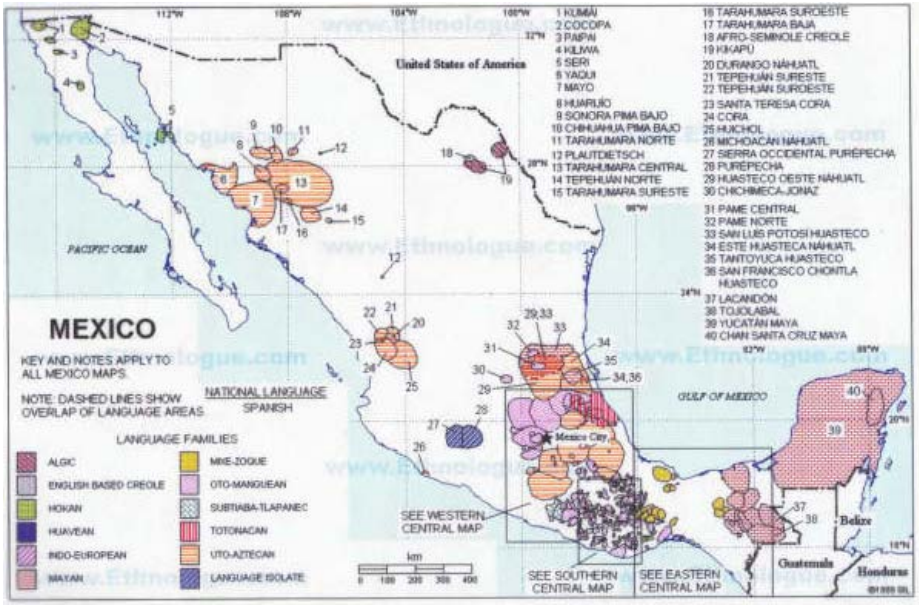

Fig. 9. Ubicación de las lenguas indígenas.

(Cabe señalar que el plautdietsch —dialecto del bajo alemán— lo hablan inmigrantes menonitas establecidos en México desde los años 30, y el afro-seminole creole, un criollo basado en el inglés, un grupo no indígena)

Hay cerca de 20 lenguas con un número de hablantes inferior a 1 250.



Fig. 10. Lenguas con menor número de hablantes

El grupo de monolingües alcanza una densidad de hablantes hasta del 50 %, sobre todo en el sur del país. El estado de Chihuahua constituye una excepción a este fenómeno. Como ha de imaginarse, la problemática es compleja. Hace unos años, fue notorio el caso de un indígena zapoteco de la zona del Istmo de Tehuantepec, en el estado de Oaxaca. El señor había matado unas iguanas para dar de comer a su familia, lo cual corresponde totalmente a su tradición. Fue encarcelado, acusado de atentar contra especies en peligro de extinción. No hablaba español y no supo por qué lo habían apresado. Permaneció en la cárcel dos meses, mientras que su familia permanecía abandonada.

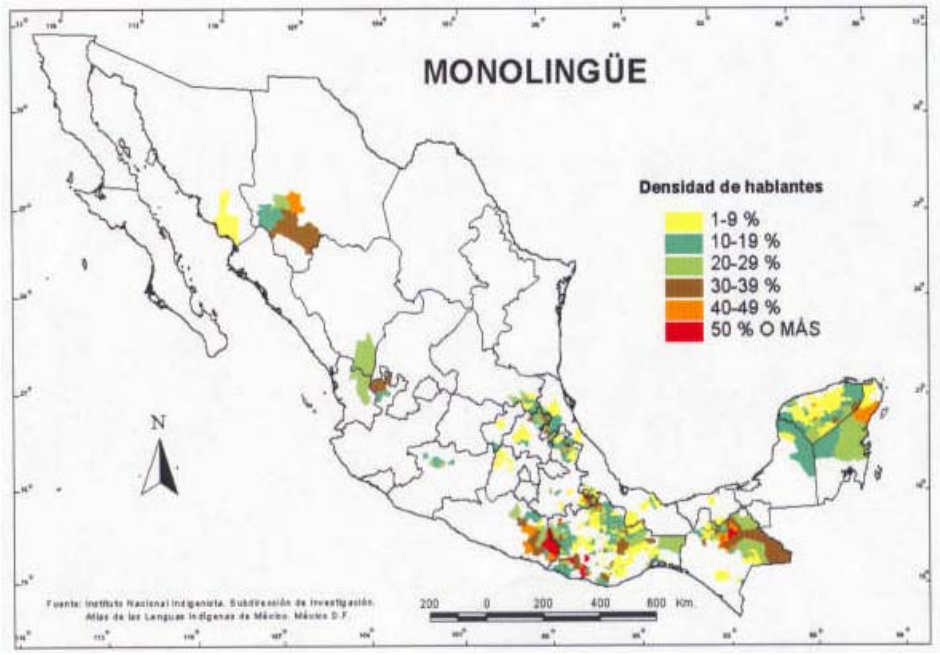

Fig. 11. Indígenas monolingües

Los bilingües, evidentemente son mucho más numerosos. En algunas regiones llegan a rebasar el 90 % de los hablantes.

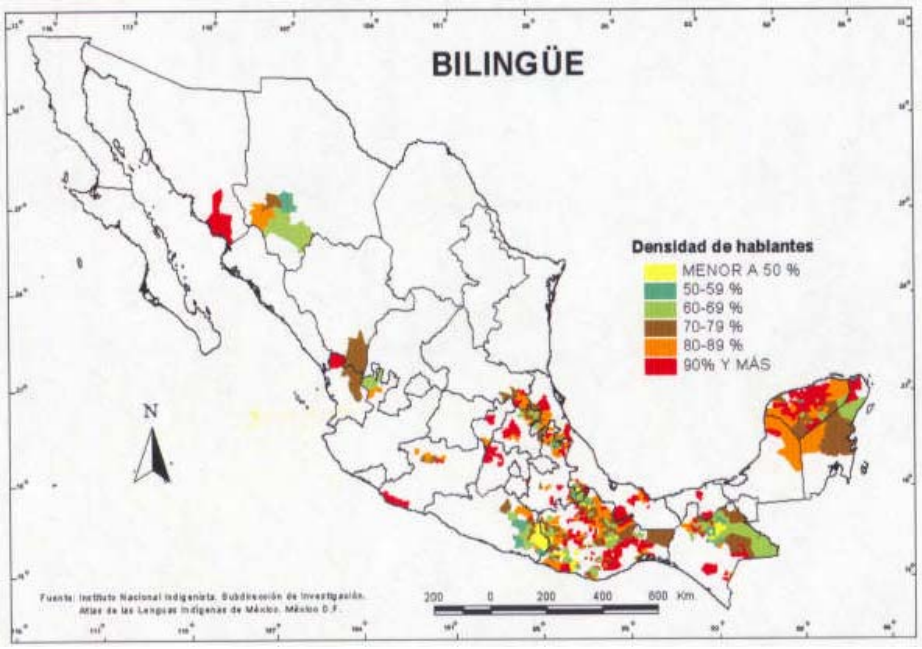

Fig. 12. Indígenas bilingües

La Secretaría de Educación Pública, en coordinación con el Instituto Nacional Indigenista, promovió la educación indígena en lengua autóctona y castellano. Se publicaron libros de texto y se capacitó a maestros bilingües. Sin embargo, la mayoría de las iniciativas tendentes a conservar y promover las lenguas indígenas de México no han tenido el éxito deseado. En la mayoría de los casos, la dispersión de los hablantes, así como las variantes dialectales dificultan esta labor terriblemente. A esto se agrega la presión social y la discriminación. Por otra parte, el Instituto Lingüístico de Verano, un organismo norteamericano que supuestamente promueve la cultura y las lenguas indígenas (cuenta con excelentes libros de texto y personal extranjero capacitado), en realidad persigue fines de proselitismo religioso y algunos otros no muy claros. Ha logrado dividir, entre nuevos adeptos y católicos, a pueblos enteros y las consecuencias han sido funestas. Ha habido masacres y otras formas de violencia. En ocasiones los nuevos adeptos han expulsado de su pueblo a católicos de su misma etnia; también se da el caso contrario.

Pero no todo es adverso. En 1979, con la puesta en marcha de la radiodifusora XEZV, «La voz de la montaña», que transmite en náhuatl, mixteco, tlapaneco y español desde Tlapa, estado de Guerrero, dio inicio el SRCI (Sistema de Radiodifusoras Culturales Indigenistas). Actualmente

cuenta con 27 radiodifusoras, que transmiten en 31 lenguas indígenas. Y el 14 de marzo de 2003, con la entrada en vigor de la Ley General de Derechos Lingüísticos de los Pueblos Indígenas, se creó el INALI (Instituto Nacional de Lenguas Indígenas). Esta institución es una dependencia de la Secretaría de Educación Pública, enfocada directamente a la promoción, conservación y desarrollo del patrimonio lingüístico de México. El 21 de mayo del mismo año se creó la CDI (Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas), el cual reemplazó el Instituto Nacional Indigenista como un organismo descentralizado de la Administración pública federal. Opera en 24 estados de la República a través de 110 centros coordinadores del desarrollo indígena, un centro de investigación, información y documentación y 1 085 albergues escolares. Entre sus acciones que han llamado la atención se encuentra la producción de videos en lengua indígena, los cuales se transmiten por la televisión cultural en toda la República.

También ha habido iniciativas independientes de grandes alcances. Fruto de una ardua labor de veinte años encabezada por el padre Eugenio MAURER, se publicó en 2006 la traducción de la *Biblia* del castellano a la lengua tzeltal (Chiapas). La euforia que causó entre los hablantes de esa lengua ha marcado un renacimiento de la cultura tzeltal. Ahora son varias las etnias de la región que han pedido la traducción de la *Biblia* también a su lengua. Y en 1991, el cineasta mexicano Juan Mora Catlett realizó la película de larga duración *Retorno a Aztlán*, rodada totalmente en lengua náhuatl. Aztlán es el lugar mítico de donde salieron los mexicas (aztecas) en su búsqueda de la señal de los dioses que les indicaría el lugar en donde habrían de asentarse y fundar su ciudad capital Tenochtitlan. Durante la Conquista murió uno de cada cinco indígenas y esta película, en una revisión del impacto de la llegada de los españoles a Mesoamérica, representa el retorno de un nahuatlaca a ese lugar mítico de sus orígenes. En lo personal, *Retorno a Aztlán* me causó un impacto muy grande. En ese entonces vivía en la ciudad de Colima y fui a un cine cerca de mi casa. No era un cine club, ni tampoco la cartelera de un programa cultural. Así yo, mexicano, viviendo en México, fui al cine del rumbo para ver una película mexicana. Pero no pude entender una sola palabra de la banda sonora y tuve que leer los subtítulos.

Propuestas

Soy de la idea que uno de los problemas más grandes que tenemos en México es la falta de una identidad nacional consolidada. A veces pensamos que somos indígenas y otras veces, que somos como los

españoles. Esta confusión es el origen de muchos de nuestros males. No acabamos de entender que no somos ni españoles ni indígenas, sino mexicanos. Y la identidad mexicana es mestiza. Pero en última instancia no tenemos mucho conocimiento ni de lo indígena ni de lo español. Desde luego que no soy partidario de declarar el náhuatl lengua nacional, restándole el carácter oficial del castellano, como lo propuso la etnóloga Eulalia GUZMÁN a mediados del siglo pasado. Pero sí creo que el incluir el estudio de una lengua indígena en los programas oficiales de la Secretaría de Educación Pública sería un gran paso. No pretendo de ninguna manera que los mexicanos no indígenas aprendan alguna lengua indígena en la escuela cuando no corresponde a su realidad cotidiana. Pero creo que la adquisición de nociones influiría psicológicamente de manera positiva. Se conocería diversos aspectos de las culturas indígenas y, al ser una materia de los programas oficiales de educación, inspiraría respeto e interés por el elemento indígena de la identidad mexicana, que actualmente oscila entre el olvido, la indiferencia y el desprecio.

